
JIM

HIGGINS

LUCHANDO
POR LA
DEMOCRACIA

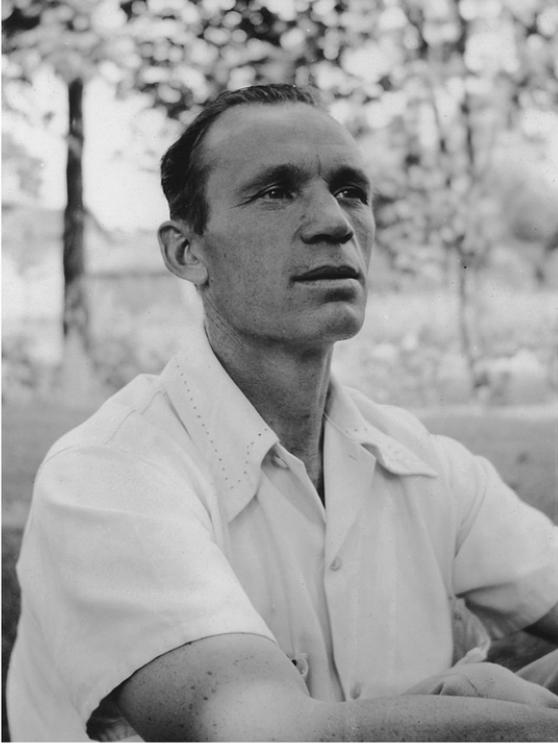
MEMORIAS DE UN ACTIVISTA
CANADIENSE EN LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA

EDICIÓN Y EPÍLOGO DE JANETTE HIGGINS

PUZ

JIM HIGGINS

LUCHANDO POR LA DEMOCRACIA.
MEMORIAS DE UN ACTIVISTA CANADIENSE
EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



Jim Higgins

JANETTE HIGGINS

(EDICIÓN Y EPÍLOGO)

TRADUCCIÓN DE JUAN JOSÉ IBÁÑEZ ESNAL

JIM HIGGINS

LUCHANDO POR LA
DEMOCRACIA.

MEMORIAS DE UN ACTIVISTA
CANADIENSE EN LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Janette Higgins
- © Del prólogo, Jaume Claret Miranda
- © De la traducción, Juan José Ibáñez Esnal
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2022

Edición original: *Fighting for Democracy. The True Story of Jim Higgins (1907-1982). A Canadian Activist in Spain's Civil War*, Victoria, BC, FriesenPress, 2020

Colección Vidas, n.º 17

Director de la colección: Ignacio Peiró Martín

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas
c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-517-9

*Dedicado a la memoria de
mi madre, Reta Palliser, una mujer sabia que escogió a un hombre bueno,
mi padre, Jim Higgins, quien me hizo un regalo incommensurable,
y de sus camaradas en España de todas las nacionalidades*

PRÓLOGO

Aunque poco más de 7000 km separan los centros geográficos de España y Canadá, esta distancia física se traducía en un auténtico abismo mental a principios del siglo xx. Los inmensos territorios norteamericanos todavía bajo dominio británico se hallaban en plena expansión gracias al constante flujo migratorio y en pleno proceso de construcción nacional con la integración de nuevas provincias y la progresiva autodeterminación respecto del Reino Unido. En cambio, España era una vieja potencia venida a menos, marginal tanto política como económicamente en el gran tablero internacional, cuya crisis identitaria tras el desastre de 1898 se convirtió en sistémica cuando la monarquía parlamentaria liberal de la Restauración dio paso a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera.

Sin embargo, este carácter periférico se trastocó en julio de 1936, cuando, de repente, las miradas de toda una generación se concentraron en España y en sus vicisitudes.¹ La República española —surgida imprevistamente cinco años

1 Un ejemplo del impacto mediático de la guerra civil española, en este caso en el Canadá, puede verse en Mary Biggar Peck, *Red Moon Over Spain. Canadian Media Reaction to the Spanish Civil War 1936-1939*, Steel Rail Publishing, 1988.

atrás— veía amenazada su continuidad por el pronunciamiento de un grupo de militares africanistas, con significativos apoyos de la derecha accidentalista, del catolicismo conservador, de las diferentes corrientes monárquicas y del nacionalismo español más intransigente. El parcial fracaso del golpe militar dio paso a un largo y sangriento conflicto que, a pesar de limitarse al territorio español, tuvo desde el primer momento una dimensión internacional.

Para los sublevados, las tropas marroquíes y la ayuda —material, humana y diplomática— de la Alemania nazi y la Italia fascista fueron decisivas desde el primer momento. La República, en cambio, se encontró maniatada por el Comité de No Intervención impulsado por Gran Bretaña y Francia, quedando a expensas de los vaivenes internacionales, de los traficantes de armas y de las remesas provenientes de la Unión Soviética.² Más allá de los Gobiernos y aunque ambos bandos lograron adhesiones, fueron sin duda los republicanos quienes contaron con mayor eco popular.

Esta simpatía se vehiculó a través de comités de apoyo nacionales, de envíos de dinero y de avituallamientos diversos y, finalmente, de una corriente de voluntarios dispuestos a reforzar el frente. Tras un primer flujo espontáneo y en paralelo a quienes colaboraron en funciones civiles (transportistas, médicos), rápidamente la Internacional Comunista (también conocida como Comintern) articuló una red de captación, transporte y recepción de los voluntarios que querían tomar las armas. Nacían las Brigadas Internacionales,³ cuyo centro se situaba en la ciudad

2 Véase Miguel Í. Campos, *Armas para la República*, Barcelona, Crítica, 2022.

3 De entre las múltiples publicaciones disponibles, sin duda la mejor introducción, por reciente, completa y ambiciosa, es la obra de Giles Tremlett, *Las Brigadas Internacionales. Fascismo, libertad y la Guerra Civil española*, Barcelona, Debate, 2020; y, mucho más sintética, mi *Breve historia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, Libros de la Catarata, 2022.

de Albacete y alrededores. A pesar del sesgo comunista de la estructura de apoyo, entre los brigadistas se mezclaban desde militantes convencidos a desengañados, pasando por compañeros de viaje, despistados y críticos.

Sin embargo, todos aquellos brigadistas sí tenían claro el motivo último de su voluntariado, pues todos entendieron el conflicto español como la primera batalla contra el fascismo y todos ellos compartían un mismo impulso internacionalista por encima de las respectivas nacionalidades. El alineamiento de Hitler y Mussolini con el general Franco no hacía sino confirmar el acierto de su análisis. Se calcula que sus efectivos se situaron alrededor de los 34 000 hombres,⁴ aunque sobre el terreno nunca se superaron los 20 000 efectivos de diciembre de 1937, pues en general las estancias fueron cortas y los relevos frecuentes. De forma estable, seguramente la cifra rondó los 15 000 brigadistas.

Respecto de su procedencia, hallamos brigadistas de casi todas las nacionalidades, desde los grandes contingentes europeos (de Francia a Yugoslavia y de Hungría a Bélgica) y americanos (de Cuba a Paraguay y de Estados Unidos a México), hasta los orígenes más pintorescos como los provenientes de China, Islandia o Palestina. Todos ellos se sintieron suficientemente interpelados personal y políticamente como para desplazarse hasta una geografía extraña, si no exótica.

Sin duda llama la atención que, tras Francia —al fin y al cabo, país vecino—, Canadá fuera el segundo país que más voluntarios aportó en proporción a su población.

4 Durante el confinamiento, el Sistema d'Informació Digital sobre les Brigades Internacionals (Sidbrint) ha actualizado sus tres bases de datos en línea con fuentes documentales, encuadramientos militares y fichas personales de brigadistas. Precisamente, esta última llegó en abril de 2021 a los 34 000 brigadistas indexados. *Sidbrint. Memòria històrica i Brigades Internacionals*, <<https://sidbrint.ub.edu/>> (consultada el 18 de abril de 2022).

Esta singularidad ya fue destacada en el pionero trabajo de Victor Hoar, quien pudo recoger el testimonio de muchos supervivientes,⁵ y, sobre todo, en la investigación de referencia publicada por Michael Petrou en 2008 ya con documentación desclasificada proveniente de los archivos rusos.⁶ Según este especialista, la cifra de voluntarios canadienses sería de unos 1700 —con 721 muertos—, cuyos primeros 1547 nombres pueden hallarse en el sitio web *The Friends and Veterans of the Mackenzie-Papineau Battalion*.⁷

Como recogen estos estudios y como ilustra perfectamente *Luchando por la democracia*, dos fueron las razones principales que explican el numeroso contingente de voluntarios canadienses en la guerra civil española. En primer lugar, estamos hablando de un país en formación, con un importante volumen de población recién inmigrada que mantenía vivos los lazos con sus países de origen. Europa no era un lugar ajeno, ni el Atlántico un obstáculo insuperable e incluso muchos mantenían su primera nacionalidad —incluido el pasaporte, como el propio Jim Higgins con el británico—. Según Petrou, un alto porcentaje eran judíos y el 78% habían nacido fuera de Canadá, destacando los originarios de Ucrania y Finlandia.

Precisamente, el último superviviente canadiense del que se tiene noticia fue Jules Pekka Paivio (1917-2013), de origen finlandés. Tras ser capturado en la carretera de Ganceda a Calaceite, pasó un año recluido en la cárcel-monasterio de San Pedro de Cardeña, hasta ser liberado el 5 de

5 Victor Hoar, *The Mackenzie-Papineau Battalion: Canadian Participation in the Spanish Civil War*, Copp Clark, 1969.

6 Michael Petrou, *Renegades. Canadians in the Spanish Civil War*, University of British Columbia Press, 2008.

7 The Friends and Veterans of the Mackenzie-Papineau Battalion, <<http://www.macpabattalion.ca/>>; el listado citado se encuentra en <<http://www.macpabattalion.ca/volunteers/>> (consultado el 18 de abril de 2022).

abril de 1939, en una epopeya recogida en el documental *To My Son in Spain*.⁸ En 2012, Paivio recibía a sus 94 años la ciudadanía honoraria española de manos del cónsul en Toronto. Se cumplía así la promesa del entonces presidente Juan Negrín y el sueño del antiguo brigadista, que declaraba: «He estado esperando para disfrutarlo. España es ahora un país al que realmente quiero pertenecer».⁹

En segundo lugar, Canadá contaba con un largo historial de activismo cívico —todavía hoy bien presente, como quienes hemos tenido la suerte de vivir allí hemos podido comprobar y como ejemplifican actuaciones recientes como la recepción masiva de refugiados de conflictos diversos—. ¹⁰ Esta concienciación se extendía también a la masa obrera a través de un sindicalismo activo y combativo que la Depresión de 1929 puso contra las cuerdas. En ese ambiente politizado y sin grandes expectativas económicas, muchos vieron en la guerra civil española una salida que les permitía combinar ideales antifascistas y un propósito (o aventura) vital. Por ello, y a diferencia de otros países, donde podían encontrarse intelectuales, universitarios o

8 Dave Clement (dir.), *To My Son in Spain: Finnish Canadians in the Spanish Civil War*, 2009, Canadá, 42 minutos. Puede verse aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=usmWFoH8ILs&ab_channel=Spanje3639>.

9 Adrian Morrow, «At long last, an honour for this warrior of ideals», *The Globe and Mail*, Toronto, 25 de enero de 2012, <<https://www.theglobeandmail.com/news/national/at-long-last-an-honour-for-this-warrior-of-ideals/article1359787/>> (consultado el 18 de abril de 2022); y Juan Gavasa, «La triste historia de los canadienses que lucharon contra el fascismo en España», *Lattin Magazine*, 11 de junio de 2020, <<https://lattin.ca/2020/06/11/la-triste-historia-de-los-canadienses-que-lucharon-contra-el-fascismo-en-espana/>> (consultado el 18 de abril de 2022).

10 Leah Hamilton, Luisa Veronis y Margaret Walton-Roberts, «Refugees in Canada: Four years after the welcome», *The Conversation*, 2 de diciembre de 2019, <<https://theconversation.com/syrian-refugees-in-canada-four-years-after-the-welcome-126312>> (consultado el 18 de abril de 2022).

profesionales liberales, el voluntariado canadiense se nutrió casi en exclusiva de gentes de clase obrera.

Entre los brigadistas canadienses convivían diversas ideologías izquierdistas, aunque el Partido Comunista de Canadá (fundado en 1921) tuvo un papel —no siempre explícito— decisivo. Así, la mayoría eran o mantenían un estrecho vínculo con el partido —como en el caso del propio Higgins, como averiguó su hija durante la edición del libro—, y, por ejemplo, esta era la filiación de su comandante más conocido y reconocido, Edward Cecil-Smith (1903-1963). Sin embargo, si algo compartían todos ellos era su antifascismo: «La mayor parte de nosotros éramos buena gente entregada a la causa. Todos éramos antifascistas, incluyendo a los alemanes e italianos que vieron lo que estaba pasando en sus propios países».

La mayoría de los brigadistas tenían un conocimiento escaso de la realidad española y su paso a menudo no mejoró su comprensión de la complejidad política, social y cultural locales. Lo vemos tanto en *Homenaje a Cataluña* de George Orwell —la obra más famosa sobre el conflicto—¹¹ como en las propias memorias de Higgins cuando seguramente confunde el catalán con «un idioma bastardo mezcla de francés y español» o da credibilidad a las leyendas frecuentes sobre relaciones sexuales entre monjas y curas, e infanticidios en los conventos. Sin duda, a la inversa también debía reinar algo a medio camino entre el desconocimiento y el tópico sobre el lejano Canadá. Compartían, con todo, esa convicción antifascista, esa preocupación por lo «que le estaba pasando a la gente corriente» y la certeza de estar en el bando correcto.

Este antifascismo popular y cívico tuvo que articularse al margen de los Gobiernos, pues la mayoría de los países se excusaron en el Comité de No Intervención para intentar

11 La primera edición en inglés es de 1938. En castellano existen diversas ediciones y formatos, como la de DeBolsillo de 2013.

frenar las simpatías de las respectivas poblaciones hacia la causa republicana, fuera por convicción, por interés, por proximidad al bando franquista o por miedo al contagio revolucionario. Ello conllevó una severa limitación de exportaciones —especialmente de armamento y pertrechos susceptibles de tener uso militar—, el control de la prensa y las organizaciones más significadas, y la obstaculización del flujo de voluntarios. Así, a través de la Foreign Enlistment Act (abril-julio de 1937), Canadá declaró ilegal la participación militar de sus súbditos y limitó el voluntariado a tareas civiles.

Precisamente, el voluntario canadiense más famoso se acogió a esta excepción. El cirujano y militante comunista Norman Bethune (1890-1939) consiguió financiación del Comité de Ayuda a la Democracia Española y el 3 de noviembre de 1936 llegaba a Madrid. Desde la capital organizó el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, cuya misión era llevar las donaciones de sangre de civiles en la retaguardia hasta primera línea de frente, donde se hallaban los soldados heridos. Este operativo salvó decenas de vidas y perfeccionó las técnicas existentes, en paralelo a trabajos similares llevados a cabo desde Barcelona por el equipo de Frederic Durán-Jordà. Bethune enlazó la guerra civil española con la china y en enero de 1938, junto con otros médicos internacionalistas, ofreció sus servicios al ejército comunista.¹² Su repentina muerte por septicemia no borró su legado: su elogio fúnebre estuvo a cargo del propio Mao y su figura es todavía honrada y homenajeada tanto en Canadá como en China.

Pero volviendo a los brigadistas estrictos, los voluntarios canadienses pudieron superar mediante diversas tretas

12 Para más información sobre este colectivo: Carles Brasó Broggi, *Los médicos errantes. De las Brigadas Internacionales y la revolución china a la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2022.

la prohibición de su Gobierno. Los primeros se integraron en el Batallón Lincoln, por ser de mayoría anglófona y por proximidad geográfica de origen.¹³ A pesar de las restricciones, estos pioneros se incrementaron rápidamente con nuevas remesas y a principios de mayo ya superaban los 500 efectivos y pudieron crear su propio batallón. En julio de 1937 su número rondaba los 1200 hombres y pasaron a constituir el llamado Batallón Mackenzie-Papineau (simplificado como Mac-Pap), en homenaje a William Lyon Mackenzie y Louis-Joseph Papineau, líderes de la rebelión que en 1837-1838 abogaba por un gobierno honrado y responsable. No obstante, el nuevo batallón empezó con mayoría estadounidense, hasta que en otoño de 1937 la Comintern dio un nuevo impulso a la campaña de reclutamiento, coincidiendo con la incorporación de Higgins, y se lograron equilibrar las fuerzas entre ambas nacionalidades —aunque el comisario político siguió siendo el estadounidense Carl Geiser (1910-2009) hasta su captura en abril de 1938—.¹⁴ El empate fue momentáneo y, ante la falta de nuevos voluntarios, en los meses sucesivos las bajas fueron cubiertas crecientemente con reclutas españoles.

El bautizo de fuego de los voluntarios canadienses tuvo lugar en las batallas del Jarama (febrero de 1937) y Brunete (julio de 1937). Como Batallón Mac-Pap, su primera escaramuza se produjo en el zaragozano pueblo de Fuentes de Ebro en octubre, cuando se intentó una aproximación a la capital aragonesa. En el caso de Higgins, su tardía llegada a España retrasa su intervención hasta los últimos coletazos

13 Antonio Celada, Manuel González de la Aleja y Daniel Pastor, *Los Internacionales. English-Speaking Volunteers in the Spanish Civil War*, Warren & Pell, 2009.

14 Linda Geiser, «Carl Fredrick Geiser (1910-2009)», *The Volunteer*, 6 de marzo de 2010, <<https://albavolunteer.org/2010/03/added-to-memory%e2%80%99s-roster-carl-fredrick-geiser%e2%80%a8-1910%e2%80%932009/>> (consultado el 18 de abril de 2022).

de la batalla de Teruel (de diciembre de 1937 a febrero de 1938) y la posterior retirada de Aragón, que finaliza con la partición de la España republicana en dos tras la conquista franquista de Vinaròs el 15 de abril de 1938. Finalmente, los supervivientes canadienses, incluido nuestro protagonista, todavía intervendrían en la ofensiva de la batalla del Ebro (julio-noviembre de 1938).

Aunque el presidente republicano Juan Negrín ordenó la retirada de las Brigadas Internacionales el 21 de septiembre de 1938, en realidad su aplicación fue más táctica que real. Por un lado, el flujo de voluntarios se había reducido significativamente y en muchos de los batallones los extranjeros ya eran minoría. Por el otro, no todos cumplieron con la orden y trataron de ser reasignados, mientras que otros no podían retornar a sus países. Entre estos últimos se hallaban los canadienses supervivientes, cuya situación no cambió hasta enero de 1939, cuando su Gobierno permitió el retorno.

El cambio de criterio no relajó las suspicacias hacia los veteranos de la guerra civil española. Muchos de ellos estuvieron bajo el ojo vigilante de las autoridades y, sobre todo con la Guerra Fría, fueron investigados por su militancia o proximidad al Partido Comunista. Esto provocó que algunos de ellos, como el propio Higgins, prefirieran ocultar aquellas vivencias, pues dificultaban la reintegración al mundo laboral o ser aceptados como voluntarios en la Segunda Guerra Mundial. Con todo, un buen número de antiguos Mac-Pac pudieron continuar su lucha antifascista y volvieron a cruzar el Atlántico para luchar contra nazis y fascistas. Como se recuerda en las memorias, para buena parte de la sociedad civil existía una clara continuidad entre ambos conflictos: «gente que estaba tan segura como nosotros que los campos de batalla de España habían sido utilizados para probar las armas nazis y fascistas que iban a

ser usadas en una guerra contra las no preparadas democracias de Europa».

Esta forzada y parcial permisividad oficial no relajó las medidas de control sobre los veteranos y las autoridades mantuvieron expedientes personales abiertos sobre cada uno de ellos a lo largo de toda su trayectoria. Además, el malpensado anticomunismo de la época evitó su reconocimiento como combatientes en pie de igualdad con quienes también lucharon contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, no pudieron acogerse ni a beneficios ni a pensiones. Tan conflictiva resultaba la memoria de aquellos voluntarios para el relato oficial canadiense que más de 150 horas de entrevistas a una docena de veteranos llevadas a cabo durante los años sesenta por la radio pública quedaron inéditas hasta 2012.¹⁵

Las dificultades no rebajaron su compromiso político en años venideros y, ya alejados la mayoría del comunismo, se implicaron en movimientos sociales, políticos y sindicales progresistas. Como sucedió en muchos otros países, la experiencia española no fue un hecho aislado en su actuación pública posterior. Refiriéndose a uno de los veteranos, aunque extensible al resto, incluido el mismo Higgins: «regresó a Canadá para continuar la lucha por todo aquello que es decente en la humanidad».

En paralelo, también se constituía la Asociación de Veteranos del Mac-Pap con el objetivo de conservar el legado documental y oral y de mantener el contacto entre los antiguos combatientes y sus familias. Fruto de esta actividad,

15 Kate Taylor, «The Mac-Paps get the last Word», *The Globe and Mail*, 9 de noviembre de 2012, <<https://www.theglobeandmail.com/arts/television/the-mac-paps-get-the-last-word/article5158990/>> (consultado el 18 de abril de 2022). Una muestra, en «The Spanish Crucible: CBC Radio's —Living Out Loud— Remembrance Special», 2013, <<https://www.cbc.ca/player/play/2302408686>> (consultado el 18 de abril de 2022).

en 1978 tenía lugar el mediático reencuentro entre Higgins y Manuel Álvarez, aquel niño que había rescatado cuarenta años antes en Gandesa en 1978 y que él mismo relató dos años después en *The Tall Soldier*.¹⁶

Su historia quedó en la penumbra durante decenios y pocas fueron las publicaciones sobre ellos o las reivindicaciones sobre su gesta. Esto cambió a finales del siglo xx, cuando se erigió el primer monumento de homenaje en Toronto en 1995 y, sobre todo, con la inauguración en 2001 de un memorial en la capital, Ottawa, con la asistencia de la gobernadora general, Adrienne Clarkson. Al otro lado del Atlántico, el reconocimiento explícito aún se demoró más y hasta febrero de 2006 no se inauguraba el paseo de los Canadienses por parte del Ayuntamiento de Málaga.¹⁷

La publicación en castellano de las memorias de Jim Higgins forma parte de esta lenta pero necesaria recuperación de nuestro pasado. Por un lado, su relato enriquece aspectos concretos sobre la actuación y las convicciones de aquellos brigadistas. Por otro, nos permite incorporar complejidad a nuestra comprensión sobre aquel fenómeno, más allá incluso del testimonio estrictamente vinculado al territorio español. Así, los capítulos previos nos aportan claves interesantes para entender el desarrollo del sindicalismo en América del Norte, el impacto de la crisis de 1929 en las relaciones labores, la forja del Oeste canadiense entre las grandes praderas de Saskatchewan y la costa de la Columbia Británica y la pervivencia del internacionalismo en

16 Manuel Álvarez, *The Tall Soldier. My 40-Year Search for the Man Who Saved My Life*, Toronto, Virgo Press, 1980. Posteriormente traducido como *El soldado alto*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1984.

17 Luis Santiago, «Canadá en el corazón. Málaga recuerda la ayuda de 1937», *La Opinión de Málaga*, 8 de febrero de 2006, <<https://www.laopiniondemalaga.es/malaga/2006/02/08/canada-corazon-malaga-recuerda-ayuda-29220302.html>> (consultado el 18 de abril de 2022).

aquellos años; mientras que los posteriores ponen de relieve cómo la experiencia española influyó en la conformación de muchos de los movimientos civiles, sindicales y políticos posteriores. Como nos recuerda su hija, «aunque su nombre pudiera haber variado a lo largo de su vida, sus ideales y convicciones no lo hicieron».

Jaume CLARET MIRANDA
Universitat Oberta de Catalunya

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN. GREENWICH VILLAGE, NUEVA YORK, 1940.	21
CAPÍTULO 1. HUÉRFANO	25
CAPÍTULO 2. AUGE Y CAÍDA.	37
CAPÍTULO 3. SENTIDO EQUINO	45
CAPÍTULO 4. QUEREMOS TRABAJAR CON SUELDO	53
CAPÍTULO 5. NOS PUSIERON DE RODILLAS.	65
CAPÍTULO 6. A TRAVÉS DE LOS PIRINEOS	73
CAPÍTULO 7. CUESTE LO QUE CUESTE	87
CAPÍTULO 8. RODEADO DE FASCISTAS.	99
CAPÍTULO 9. LA ENCRUCIJADA	109
CAPÍTULO 10. CAPTURA Y FUGA	119
CAPÍTULO 11. MUERTE DE UN CAMARADA	125
CAPÍTULO 12. INSTRUCCIÓN ESPECIAL	133
CAPÍTULO 13. ESPÍAS ENEMIGOS	141
CAPÍTULO 14. LA BATALLA DEL EBRO	149
CAPÍTULO 15. HÉROES DEL PUEBLO	161

CAPÍTULO 16. POR LA FRONTERA EN BICICLETA	175
CAPÍTULO 17. UNA MUJER INCOMPARABLE.	181
EPÍLOGO. SECRETOS, AUNQUE NO MENTIRAS.	193
SOBRE LA GESTACIÓN DE ESTE LIBRO	211
AGRADECIMIENTOS	215
NOTAS	219
Abreviaciones	219
Referencias abreviadas	220
Notas complementarias	220
GUÍA DE LECTURAS SELECCIONADAS	241
La Gran Depresión en Canadá	241
Libros escritos por y sobre canadienses en la guerra civil española	241
La guerra civil española	242
UN MAPA ANIMADO	243
DOCUMENTOS DE JIM HIGGINS	245
ÍNDICE ALFABÉTICO	247

*Este libro se terminó de imprimir
en el Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en septiembre de 2022*

JIM HIGGINS

En 1937, el canadiense Jim Higgins se ofreció como voluntario antifascista de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. Fue ametrallador en el Batallón Mackenzie-Papineau y en la 35.^a División, y participó en operaciones de inteligencia.

Cuarenta años después, se encontró con Manuel Álvarez, un niño al que había salvado la vida durante el bombardeo de Corbera d'Ebre (Tarragona) en 1938. El libro de Manuel titulado *El soldado alto* (1980) le rindió homenaje.

Durante la década de 1930, los patronos incluyeron a Jim en la lista negra por organizar sindicatos y la Real Policía Montada de Canadá lo registró en sus archivos de radicales. Se consideraba un socialdemócrata y un pensador independiente.



JIM HIGGINS escribió parte de sus memorias en Saskatoon en 1939 para un libro sobre el Batallón Mackenzie-Papineau que nunca se publicó. Luego se refugió en Estados Unidos debido a la persecución de la Real Policía Montada de Canadá, que lo veía como un radical. Regresó a Canadá y se instaló en Peterborough, donde se casó (1942) y tuvo cinco hijos. Escribió el balance de sus memorias en 1977. En 1978 se reencontró con Manuel Álvarez, un niño cuya vida había salvado durante la batalla del Ebro. Jim Higgins murió en 1982 a los setenta y cinco años.

JANETTE HIGGINS es editora de las memorias de su padre. Se graduó en la Universidad de Toronto con un *Bachelor of Arts* en Sociología y vive en Toronto.
